

EDITORIAL

EL SALVADOR EN ESTADO DE DIALOGO

Es un hecho indiscutible que cada vez aumenta y se intensifica el ambiente de diálogo en El Salvador. La presión ambiental ha forzado al presidente Duarte a proponer una nueva reunión de las partes en conflicto. Su propuesta y la subsiguiente aceptación de la misma por parte del FMLN-FDR han contribuido a su vez a la densificación del ambiente de diálogo.

Este hecho se manifiesta en la gran cantidad de fuerzas sociales que se pronuncian sobre el diálogo, la mayor parte de ellas en un sentido positivo.

A pesar de que los diarios de la mañana tienen una política restrictiva y sesgada cuando informan sobre el diálogo, éste se hace presente en todas partes. A las ya antiguas y permanentes posiciones públicas en favor del diálogo de la Iglesia, de las universidades, de las comisiones humanitarias, de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos en sus respectivas comisiones de derechos humanos, de muchos gobiernos democráticos, de las internacionales de partidos políticos, de los frentes revolucionarios, etc... se han ido añadiendo con más fuerza las presencias de algunos partidos políticos, nuevos sindicatos, confederaciones y uniones obrero-campesinas, y hasta organizaciones de extrema derecha, los cuales se apresuran a corregir aquellas posiciones anti-diálogo con otras más aceptables. Y no puede decirse que la opinión pública y la voluntad popular hayan dado de pronto un cambio espectacular, porque la sensatez del pueblo ya aparecía en pasadas encuestas, respal-

Todas las fuerzas sociales y políticas están metidas en el diálogo, de suerte que no es exagerado afirmar que todo El Salvador vive en estado de diálogo.

dando, en cerca de un 80 por ciento, el proceso del diálogo y la negociación como la mejor forma de poner fin al conflicto armado. Puede decirse que no pasa un día sin que se den pronunciamientos públicos, declaraciones de importantes personalidades, movilizaciones de diferentes grupos y otra serie de presencias que hacen del diálogo el acontecimiento político más importante de estos últimos meses.

Pero no todos están a favor de él. La extrema derecha, aunque ha dejado de manifestarse en forma violenta contra el diálogo, trata de rebajarlo y aun de impedirlo, negando la legitimidad del mismo, al descalificar a los frentes no sólo como carentes de legitimidad alguna, sino también como principales enemigos del país y la democracia. La Fuerza Armada, sin oponerse pública y frontalmente a la iniciativa de su comandante supremo, prefiere combatir a los insurgentes en vez de debatir con ellos y, desde luego, deja muy en segundo lugar la vía política del diálogo incluso en su plan político-militar que ha denominado "unidos para reconstruir." El gobierno de Reagan, por su parte, concede un cierto margen al diálogo en cuanto es uno de los elementos de la guerra de baja intensidad, no sólo porque la justifica y la enmascara, sino porque mide el progreso de su solución al conflicto por la aparente incorporación de las fuerzas enemigas a su proyecto estratégico general el cual se presenta como democratización del país. Buena parte de la empresa privada, aun reconociendo la necesidad de una salida negociada a la destrucción del país, sigue desconfiando de las victorias políticas que puedan alcanzar los frentes revolucionarios y sus proyectos políticos y económicos en la mesa de negociación. Finalmente no se puede dejar de mencionar que algunas acciones del FMLN pudieran restar credibilidad a su reiterada voluntad de dialogar.

De todas maneras, aunque estén por el apoyo del diálogo o por su utilización táctica, e incluso por su rechazo, todas las fuerzas sociales y políticas están metidas en él, de suerte que no es exagerado afirmar que todo El Salvador vive en estado de diálogo.

Tal situación, a pesar de su ambigüedad, debe juzgarse como extremadamente positiva. El estado de diálogo no ha reemplazado todavía el estado de guerra en que también vivimos, pero ha comenzado a coexistir con él y a disputarle la primacía si no en el campo de la realidad, sí al menos en el campo de las conciencias y de la voluntad popular. La significación principal de este fenómeno nuevo no está en que se tenga o no se tenga, de hecho, la próxima reunión entre el gobierno y el FMLN-



FDR, pues de tal reunión no se pueden esperar de momento resultados importantes, sino en que todo el país empieza a tomar cartas en el asunto para forzar el hecho y la seriedad de la negociación.

Todo el mundo apela al pueblo, como si el pueblo entero estuviera detrás de sus posiciones; pero se le da poca oportunidad para que exprese su voluntad y manifieste sus intereses. Algunos partidos políticos pretenden incluso acallarlos, porque se consideran a sí mismos como la única forma o, al menos, la forma más real, de representar la voluntad popular. Sin embargo, los partidos políticos han hecho todavía muy poco en favor del diálogo. Más aún, hasta tiempos recientes han tenido miedo de abanderarlo, no porque el pueblo no lo reclamara, sino porque temían la represalia y el castigo de los pocos, pero muy poderosos, que se oponían a él. Han tenido que ser los representantes de la tercera fuerza social quiénes han tomado la iniciativa del diálogo y se han convertido en los canales operativos de esa gran

demanda popular. Han sido los sindicatos, las cooperativas, las organizaciones humanitarias, las iglesias, las universidades, los gremios, etc., quienes más han luchado por hacer del diálogo un problema nacional, y situar a todo el país en estado de diálogo.

¿En qué consiste más concretamente este 'estado de diálogo'?

Dicho brevemente, consiste en que la mayor parte de la población esté cada vez más consciente de la necesidad de un diálogo nacional a fin de ponerlo en marcha y de conseguir a través de él la paz que se necesita. Desarrollemos un poco más esta idea.

Ante todo, se requiere la puesta en marcha de un gran sujeto colectivo. Cuanto más número de gentes se involucre en la tarea, cuanto más pueblo se organice en favor de esta causa y cuanto más organizaciones de todo tipo se movilicen en esta dirección, tanto mejor para la paz. Es un error y una trampa pensar que el problema es tan sólo del gobierno y de los frentes revolucionarios. Como es ilusorio pensar que se puede delegar esta cuestión fundamental del diálogo nacional en manos de los partidos políticos, cuando han sido tan incapaces en promoverlo. Ciertamente una parte del diálogo nacional consiste en que dialoguen y negocien las dos partes en conflicto, y consiguientemente, es de interés nacional que todo el pueblo, como parte del diálogo nacional, exija y fuerce a que se dé cuanto antes ese diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR. Pero, siendo eso importante y tal vez lo más urgente, no es todo lo que cabe esperar del diálogo nacional. El diálogo nacional supone que la mayor parte de la población y la mayor parte de las organizaciones de todo tipo se pongan en estado de diálogo, esto es, que reflexionen sobre cuáles son las soluciones mejores para terminar con la situación calamitosa en la que vive la mayor parte de la población salvadoreña. Supone no sólo que reflexionen sobre sí mismos, sino que se abran a escuchar lo que otras fuerzas o sectores dicen, no importando lo distantes que estén sus opiniones.

Porque, en segundo lugar, el 'estado de diálogo' supone una nueva disposición de los ánimos y una nueva forma de comportamiento público. Esto en parte ya se está dando. A un estado de crispación y de polarización está sucediendo un estado de apertura y de tolerancia. Hace dos años no sólo no había espíritu dialogante, sino que el diálogo mismo se había convertido en una palabra maldita y peligrosa para quienes la pronunciaban. Había un espíritu de hostigamiento, un espíritu de distanciamiento y confrontación. No es que hayan desaparecido las causas profundas de la confrontación, no es que hayan desaparecido las dificultades de reconciliar intereses contrapuestos, los intereses por un lado del capital y por el otro del trabajo y del sin trabajo, y en general, los intereses también distintos de diversos sectores sociales. No es que haya desaparecido tampoco la opo-

sición fundamental, reflejada en la guerra, entre el gobierno y los frentes revolucionarios, entre el proyecto pronorteamericano y el proyecto que da primacía a lo popular. Pero tal vez se ha avanzado en comprender que en este momento no es la confrontación armada, ni siquiera la confrontación violenta, el modo mejor de defender los propios intereses y, sobre todo, el modo mejor de defender los intereses generales del país. Esto que ya se está dando y que ya se refleja de múltiples maneras en las manifestaciones públicas de unos y de otros, no sin clamorosas excepciones, debe ser cultivado muy conscientemente, precisamente porque venimos de todo lo pasado y de reincidir en la espiral de violencia en que se está consumiendo el país.

En tercer lugar ese estado de diálogo nacional implica crecer en hábitos de tolerancia, de paciencia y de esperanza, entendidos no sólo primariamente como hábitos de los individuos, sino como hábitos de los actores sociales. Signos de esto se dan ya abundantes, pero se necesita crecer en ello. Los resultados tangibles no van a venir de un día para otro. Se trata de una lucha histórica y como tal que cambia, pero no termina. En esa lucha la esperanza es elemento indispensable. Saber que el camino es ajustado y que la marcha es justa puede sostener en alto la esperanza. Y si esta esperanza queda bien fundada, la tolerancia y la paciencia se darán por añadidura. Una paciencia que sabe que se va a requerir mucho esfuerzo durante mucho tiempo para terminar con la destrucción y reemprender la reconstrucción del país; una tolerancia, que no es transigencia con el mal, pero sí comprensión con quienes ven las cosas de otro modo sea por sus intereses de siempre sea por los hábitos que adquirieron.

En cuarto lugar, ese estado de diálogo exige una gran creatividad, una gran capacidad de anticipar el futuro posible y de proyectarlo en términos realizables. Lo que está en juego no es simplemente quién va a triunfar o quién va a ocupar el poder del Estado. Lo que está en juego es cómo crear una situación nueva en la cual las necesidades básicas de la mayor parte de la población estén satisfechas con el esfuerzo de todos y en la cual se pueda establecer un orden político y social nuevo, que permita a todos los salvadoreños vivir cada vez más humanamente, más libres y solidarios, con el desarrollo permanente de sus mejores potencialidades. El diálogo entre las partes en conflicto también requiere creatividad, a fin de terminar con el estado de guerra. Por que para hacer la paz, para superar las causas de la guerra y posibilitar una convivencia distinta, se requiere poner en juego

El estado de diálogo exige una gran creatividad, no la creatividad de unos pocos, sino la creatividad acumulada de todas las fuerzas progresistas de todo el pueblo salvadoreño.

toda la creatividad de la que somos capaces, dejar de lado esquemas trasnochados que sólo han servido para situarnos donde hoy estamos y buscar otros distintos, en parte ya apuntados durante estos años de conflicto. La enorme creatividad de las organizaciones populares, la inesperada creatividad que se ha dado en la guerra misma, la incesante creatividad para seguir adelante día a día en las más penosas condiciones, todo ello señala un gran potencial. No se trata de la creatividad de unos pocos; se trata más bien de la creatividad acumulada de todas las fuerzas progresistas de todo el pueblo salvadoreño, que debe hacerse presente en el diálogo nacional.

No conviene, sin embargo, hacerse ilusiones ingenuas sobre la consistencia de este 'estado de diálogo.' El serio empujón que dio la UPD al diálogo del gobierno con el FMLN-FDR en 1984 y que terminó obligando a Duarte a proponer en las Naciones Unidas la primera reunión de La Palma, trajo consigo, junto con otras exigencias, el que tanto Duarte como la embajada de Estados Unidos —y mucho más precisamente el AIFDL— hicieran todo lo posible para dividir a la UPD y, en general, a todo el movimiento sindical para poder manejarlo mejor. El empujón se volvió a dar antes de la nueva propuesta de diálogo, hecha por el presidente Duarte el primero de junio de 1986 y de modo semejante ha ahondado la división entre la UNOC, simpatizante del gobierno, y la UNTS que se ha situado en la oposición social, sin adscribirse a la oposición política. Estos son peligros permanentes, que pueden afectar a los sindicatos y cooperativas lo mismo que a los partidos políticos, en la medida en que se aproximan y/o se subordinan a las partes en conflicto, dejando de lado su inmediata vinculación con las propias bases populares, las



En el caso del diálogo nacional, las fuerzas sociales deben ir al encuentro de un proyecto de nación, o, al menos, de un programa de acción, que alcance un consenso general y permita aunar esfuerzos para la reconstrucción pacífica del país.

cuales perderían así su voz y su voto a la hora de constituirse en sujetos activos del estado de diálogo. Pero estos peligros que han de ser vigilados muy de cerca no son suficientes para negar la existencia de un estado de diálogo, al menos como una realidad incipiente de la cual se puede esperar la revitalización del proceso político de El Salvador, mediante la inclusión en él de fuerzas sociales y de acciones que todavía no se han puesto en juego.

Tenidos en cuenta estos peligros, entre los que no hay que descartar la posibilidad de que con la prolongación del 'estado de diálogo' y aun con sucesivas reuniones de las partes en conflicto se legitime de algún modo un tipo de guerra de baja intensidad, hay que preguntarse por lo que se puede esperar de positivo de este estado de diálogo, que ya en sí mismo, no obstante sus debilidades y peligros, es un avance importante.

Lo primero que se debiera esperar es la extensión y la consolidación tanto del diálogo nacional como del diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR. De inmediato y a corta distancia lo más apremiante es presionar en favor de este último diálogo, comenzado en octubre de 1984 e interrumpido en noviembre del mismo año. La razón última es que el gobierno y el FMLN-FDR representan, si es que no lo fueran, los gestores máximos del conflicto y, en consecuencia, los responsables principales de la finalización de la guerra, sin olvidar que tras la parte gubernamental hay una voluntad y un proyecto, asumidos por ella, que son en realidad los del gobierno de Reagan. Hay que obligar a las partes en conflicto a que terminen con la guerra, y hay que persuadirlas a que comiencen por disminuir los daños de la misma. Cuanto mayor sea la fuerza social interna que presione sobre las partes en conflicto, tanto mayor será la posibilidad de que ese diálogo se realice y tenga efectos positivos. Pero si la finalización de la guerra es sobre todo cuestión de las partes en conflicto, la consecución de la paz es cuestión de todo el pueblo salvadoreño. Construir la paz es así el objetivo principal del diálogo nacional, del diálogo en el cual, en una primera fase, se hacen presentes y operativas las distintas fuerzas sociales no embarcadas ni directa ni indirectamente en el conflicto armado. Son dos tareas complementarias en las cuales las fuerzas sociales tienen distinto protagonismo. En el caso del diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR, las fuerzas sociales deben presionar para que se tenga y para que se lleve poco a poco a la finalización de la guerra. En el caso del diálogo nacional, las fuerzas sociales

deben ir al encuentro de un proyecto de nación, o, al menos, de un programa de acción, que alcance un consenso general y permita aunar esfuerzos para la reconstrucción pacífica del país.

En segundo lugar, de este estado de diálogo debe esperarse que se vaya estructurando un consenso nacional sobre las condiciones indispensables para terminar con la guerra, y sobre todo, sobre las líneas maestras que deben regir la política nacional en los próximos años de reconstrucción. No se trata tan sólo, como se propone en el párrafo anterior, de presionar para que esto se alcance, sino de contribuir positivamente con nuevas ideas y nuevos acuerdos a la consecución de un plan concreto, aceptado por la mayor parte del pueblo salvadoreño y por las fuerzas sociales más importantes. El estado de diálogo debe dar él mismo resultados positivos. No debe contentarse con crear el ambiente propicio ni con forzar a que unos pocos o las partes en conflicto encuentren las soluciones, sino que debe facilitar el que las distintas fuerzas sociales se integren en el proceso creador de una nueva sociedad, libre de los males de la actual y que supere los esquemas de comportamiento y poder vigentes.

Finalmente, el estado de diálogo debe superar las resistencias que todavía quedan para emprender el diálogo. Puede hacerlo de diversas formas. Si el estado de diálogo se convierte en un clamor nacional mantenido por la mayoría de la población, es probable que las fuerzas todavía opositoras al mismo vayan cambiando para no perder popularidad, y en su caso, votos políticos en los futuros comicios; en este apartado se puede lograr bastante de la Fuerza Armada y de los partidos de derecha que confían poco en el diálogo con los frentes revolucionarios, aunque buscan un consenso nacional del resto de las fuerzas sociales, lo cual así planteado lleva a la prolongación de la guerra y no a su solución. Por otro lado, el estado de diálogo puede ofrecer a las partes en conflicto o a otros sectores menos involucrados en él nuevas posibilidades de solución e incluso generar fuertes presiones para que positiva y negativamente vayan flexibilizando posiciones, si es que realmente quieren el bien de las mayorías populares, y no el bien de intereses particulares, los cuales sólo pueden ser mantenidos por la fuerza y la imposición.

El estado de diálogo no es algo que se sustenta en el aire. Hay estado de diálogo porque hay importantes sectores sociales que lo impulsan y que han logrado con su trabajo un nuevo ambiente nacional. A su vez, ese estado de diálogo va incitando a que más y más fuerzas se definan a su favor y va obligando a las contrarias a ceder en su oposición. Cuanto más se lo favorezca, más probabilidades tendrá la paz. Desde la consolidación y ex-

Si la finalización de la guerra es cuestión de las partes en conflicto, la consecución de la paz es cuestión de todo el pueblo salvadoreño.



pansión de este estado de diálogo' mucho queda todavía por hacer para la conversión del potencial que representa en pasos concretos que vayan posibilitando la guerra y fortaleciendo la paz. Mientras esto se logra se irán dando avances importantes. Dos pueden ser los más significativos: la humanización del conjunto de relaciones sociales y de relaciones políticas, que aleje cada vez más el fantasma de la confrontación y de la represión, y la potenciación de un trabajo creador que vaya dando resultados tanto en la línea de la programación como en la línea de la ejecución.

En El Salvador las etapas políticas se aueman muy rápidamente. Mientras esta etapa del estado de diálogo esté todavía en vigencia, es menester que todos pongamos a su favor lo mejor de nosotros. No es todo lo que se debe hacer, pero es algo que, si no se hace, dejará sin fuerza el proceso histórico más profundo y permanente de El Salvador. Por eso, fomentar el estado de diálogo es una responsabilidad patriótica y oponerse a él es, al menos, una ceguera histórica.